

Sábado 23.02.13
EL NORTE DE CASTILLA

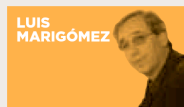
LECTURAS **13**



Luis Santana, en un café vallisoletano. :: HENAR SASTRE

Mecánica de lo absurdo

Luis Santana, traductor, vierte su oficio y aprendizaje en esta primera y cuidada novela

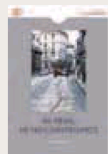


En la representación que conforma una novela hay una enorme variedad de posibilidades que a menudo se obvian acudiendo al realismo más habitual, el que parece olvidar que el mero relato de cualquier asunto no es lo mismo que el asunto en sí. Entre lo que sucede, la percepción de ello y su escritura hay una serie suficiente de pasos para que todo lo que uno lea sea tomado con una prudente desconfianza, por más que a menudo se hable de 'realismo' y hasta de realidad. El artificio es tan inevitable como necesario. El autor puede intentar una siempre resbaladiza transparencia o hacerlo notar y esa decisión genera sentido, puede llegar a ser una de las claves del libro.

Luis Santana (Medina del Campo, 1957) entrega su primera novela con la experiencia de quien ha traducido varias y, por tanto, conoce en buena medida el taller en que se lleva a cabo el producto. Su labor como poeta viene de le-

jos y lleva implícita su conciencia de las posibilidades y limitaciones de la lengua. De lo que carece es de inocencia. Tampoco parece tener el menor prurito por imitar modelos de éxito. Se aplica a su tarea con un rigor insolente, en búsqueda de riesgos que suelen evitarse. El resultado es una joya rara que corre el peligro de ser malinterpretada o, peor, pasar desapercibida.

Parte de situaciones cotidianas con un tono que delata una desesperación gris, como una costumbre. Guillermo Condal, su héroe oficinista, parece no esperar nada de la vida y, cuando decide ilusionarse, los resultados son catastróficos. El mito del amor está en el corazón del conflicto que desarrolla la trama. En



AL FINAL NOS DESPEDIMOS

Luis Santana. Baile del Sol. 2012

ese sentido Santana sigue una costumbre asentada. Buena parte de la narrativa que circula en sociedad durante los últimos doscientos años se ha dedicado a advertir de las desgracias que conlleva ceder a la tentación de dejarse llevar por lo sentimental. Hay también envidias, venganzas... las pasiones habituales. El cosmos en el que viven sus personajes surge de elementos reconocibles que su escritura transforma en lugares autónomos, que envuelven y configuran su hacer. La oficina, la calle en donde aparece Aurora, Villa Julita, la librería, el tren o el piso de Marquinez y Claudia son entidades que existen en el libro con unas características propias que las alejan de sus referentes según se asientan en el relato. Se articulan con precisión en ese mundo delirante, oscuro, húmedo, de sombras crecientes, de amenazas... que pinta el autor. El relato de una batalla entre dos cuerpos, con mucho más miedo y rencor que deseo, puede dar idea de las pretensiones del novelista: «La gran serpiente paladeaba el temor que inspiraba a su víctima. El pequeño ratón no sabía donde esconderse, y permanecía al descubierto entre la admiración y la parálisis. Ante lo inevitable cerró los ojos dispuesto a inmortalizarse. Un fuerte olor a camión lo rodeó por completo sin darle la muerte, y se embriagó como un idiota».

El tono habitual juega con el absurdo y llega al humor negro. Los personajes hacen un recorrido que va de lo banal a lo trágico con un trazo firme, de una causalidad asombrosa, de la que son incapaces de escapar. Una escritura precisa, cuidada, alejada de automatismos y clichés, tiene mucho que ver en el resultado de la novela.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Invitación a la huerta latina

:: V. M. NIÑO

«Un trozo de tierra dedicada a la siembra de hortalizas y frutas», así comienza Rafael Cantizano su libro 'La huerta de Tomás', para, a renglón seguido, retirar el velo de la literalidad y entrar en un jardín donde conviven ajos y patos, limoneros y ortigas, donde hay evocaciones a Miguel Hernández y a Mendel, donde la polisemia permite jugar con los tomates, las calabazas o los pimientos.

El orden alfabético rige el catálogo de vida que expone Cantizano. Un ecosistema artificial, una pequeña finca en la que el hombre desarrolla la ilusión de domesticar el agro. Del ajo a la zanahoria, este perito agrícola, editor y poeta, recorre surcos y

linderos para pararse ante la peculiaridad del primero, cuyo fruto crece bajo tierra, el gusto de los caracoles por las hojas del alcaucil o alcachofa, la sonoridad de la calabaza que llena la boca desde que se pronuncia, la dulzura de la cebolla, ella que

tanto hace llorar, la frescura de la lechuga que comienza en su nombre, los gatos 'tigres de la huerta', las veredas plantadas de violetas y muchas estaciones más. El autor acompaña algunos capítulos de poemas, coplas que cantan desde la onomatopeya, el color o el humor la fauna y la flora que registra. Rafael Cantizano acerca esos frutos a los niños de hoy, que apenas saben de su procedencia, con el encanto del flautista y la información bien dosificada de un buen conocedor. El tiempo de obligado riego en la huerta da para contar muchas historias y este libro es una sucinta muestra de ellas, atractiva tanto para quien la conoce como para quien no.



LA HUERTA DE TOMÁS

Texto de Rafael Cantizano. Ilustraciones de Enrique Quevedo. Editorial Guadalmazán. 10 euros.



Exquisiteces Pacheco

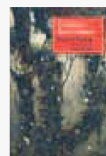
:: V. M. N.

Con permiso de Kipling, empezaremos por el ilustrador, el mexicano Gabriel Pacheco (1973) o la demostración de que cada texto, por muy conocido que sea, por mucho que Disney lo haya canibalizado, puede provocar una lectura visual nueva y desconcertante. Pacheco lo acaba de hacer con 'El libro de la selva', una novela metafórica sin la música ni el trazo edulcorado del padre de la animación. El reconocido ilustrador esboza una jungla romántica, casi otoñal, de pardo tapiz vegetal donde crecen flores impropias del trópico. Botánica desecada, eco de la que rodea la 'Ofelia' de Millais, guiño al artificio, en un escenario umbrío que lega el protagonismo a los animales: el buen Baloo es un oso de color oro

viejo, la pantera Bagheera, azul cobalto, las bigotudas morsas, azul grisáceo, el vivísimo tigre Shere Kan, el elefante Hathi luce adornos rajastaníes, fieras en relación con el cachorro de hombre, Mowgli, la Rana. El niño es un pequeño salvaje roussoniano, un atento aprendiz de escualido cuerpo en el Pacheco expresa la vulnerabi-

lidad del animal más dependiente, el hombre, y la piedad de los animales que le adoptan.

Kipling admite desde el prefacio que su historia es la suma de cuentos anónimos que ha ido recolectando en el subcontinente indio. Su fábula traslada a la fauna el mundo de los humanos y la Ley de la Selva no es más que una especie de derecho natural al servicio de la supervivencia. «La locura es lo más deshonroso que le puede ocurrir a un animal salvaje», asegura el británico que atribuye la casta más baja al Pueblo de los Monos, encarnación del vicio y la depravación, imitadores tontos sin más motivación que el pasatiempo. «Los despreciamos», explica Baloo, porque no tienen ley, porque no tienen lengua propia. La garganta profunda de la selva se revela de nuevo, con permiso de Kipling, a través de las atmósferas de Pacheco.



EL LIBRO DE LA SELVA

Rudyard Kipling. Ilustraciones Gabriel Pacheco. Ediciones SextoPiso. 240 páginas. 25 euros.